

Fatos Kongoli

Una nulidad de hombre

Traducción del albanés de
Ramón Sánchez Lizarralde y María Rocés González

 Siruela

Nuevos Tiempos

Marzo de 1991

Llega el día en el que uno cree haber ajustado las cuentas con este mundo, haber completado el ciclo y que ya no tiene sentido rumiar el pasado. Máxime cuando en tu vida nada hay que les pueda servir a los demás. Entonces, qué te propones, os preguntaréis.

Nada. Un simple relato.

Hace un par de meses, mi amigo Dorian Kamberi, ingeniero mecánico, padre de dos hijos, se subió una mañana al carguero *Partizan* y cruzó el mar con toda su familia. De no haberme arrepentido en el último instante, incluso yo mismo podría hallarme ahora en algún campo de refugiados de aquel país soñado llamado Italia o deambulando por cualquier otro rincón de Europa, como tantos compatriotas. Pero en el último instante, mientras nos apretujábamos los unos contra los otros, le dije a Dorian que me bajaba. Quizás Dori no alcanzó a entender lo que le dije. Tras la odisea y las múltiples peripecias vividas para llegar, extenuados, desde nuestra pequeña ciudad hasta aquí, mis palabras sonaban absurdas, tanto que cualquier otro que no fuera mi amigo me hubiera arrojado al mar. Sin embargo Dori guardó silencio. Me miró sin verme, mientras yo sentía en la nuca el cálido flujo de la orina de su hijo pequeño, a quien continuaba cargando sobre los hombros.

Mi indecisión saltaba a la vista. Estoy seguro de que mi voz y mi rostro expresaban, en aquel instante, lo contrario de

lo que estaba diciendo. Un empujón, por pequeño que fuera, de Dori para hacerme volver en mí, hubiera bastado para que desechara una decisión demencial como aquella, de la que ignoraba yo mismo la causa. No guardaba relación con la añoranza de los adoquines de mi calleja, como suele decirse. No sentía nada y mi alma estaba más vacía que la propia mirada de Dori. No hizo el menor gesto para retenerme. Y yo bajé. Con el cuello mojado por la orina de su hijo pequeño. Después me acurruqué en un rincón del muelle para observar a los últimos grupos de huidos, que se apresuraban a encaramarse al carguero. Cuando el vapor comenzó a moverse y se fue alejando hasta que dejé de distinguir las caras de la gente, se me hizo un nudo en la garganta. Con la cabeza entre las manos, sollocé. Largo y sentido. Entonces no caí en la cuenta de que llevaba años sin llorar. Se me había secado el alma y pensaba desde hacía bastante tiempo que ya no existía nada en este mundo que me pudiera hacer verter una lágrima. Alguien que pasaba me consoló poniéndome la mano sobre el hombro y me dijo que no me preocupara, que pasado mañana saldría otro vapor.

Al oscurecer, regresé a la pequeña ciudad. Como mi marcha, mi regreso pasó igualmente inadvertido. La expatriación de Dorian Kamberi y su familia se supo al día siguiente. Pero los comentarios al respecto no se prolongaron demasiado. Algunos le insultaron, otros le alabaron y otros le envidiaron. Encajé las obligadas murmuraciones con el sentimiento del ladrón que ha participado en la fechoría y aguanta el tipo mientras oye los disparates que dicen los demás. Por primera vez en mi existencia de solterón de cuarenta años guardaba en mi interior un secreto del que mi pequeña ciudad no tenía noticia. Y del que jamás se habría enterado si no me hubiera empeñado en escribir este relato. Que yo, de la noche a la mañana, pudiera marcharme y subirme al barco, no le habría extrañado en general a nadie en mi pequeña ciudad. Pero que me pusiera en camino, me embarcara en el vapor y después, de repente, me bajara, bajo ningún concepto se lo hubiesen imaginado. Tampoco Dori, si es que llegó a entender lo que le dije, creyó realmente que me bajaría. Aunque quizás pensara que con mi apatía sería para él

una carga mayor que la de su propia familia, y por eso no hizo el menor intento de detenerme.

Sea como fuere, me quedé y al día siguiente mis pasos me llevaron al cementerio. Puede que penséis que lo que me impidió marcharme fueron a saber qué tumbas de los antepasados o la añoranza. Pero, desgraciadamente, no fue así. Respeto las tumbas de los antepasados y también la añoranza. Envidio a cuantos toman en consideración este tipo de cosas, que se convierten para ellos en fuerzas motrices, como la gravitación universal. Pero yo he logrado verme libre de esa clase de atracción, incapacitado como estoy y abandonado en un pozo de desprecio. La añoranza se transformó para mí en un lujo nebuloso. A ningún motivo semejante se debe el hecho de que no me haya ido, tampoco mi visita del día siguiente al cementerio, donde no había puesto los pies jamás. Para todo el mundo y desde todos los puntos de vista soy un incapaz, una nulidad de hombre.

A la mañana siguiente, el día amaneció hosco en la pequeña ciudad y mi pensamiento voló hacia los huidos por mar. Los viejos –vivo con mi padre y con mi madre en un piso de dos habitaciones y cocina-comedor– ni siquiera se tomaron la molestia de preguntarme la razón de mi ausencia el día anterior. Estaban acostumbrados a esta clase de desapariciones y hacía años que no me preguntaban ni lo que hacía ni a qué me dedicaba, les bastaba con mi presencia nocturna para poder dormir tranquilos. Mi mente voló, pues, hacia los huidos, sentí lástima de ellos cuando advertí el desapacible tiempo que hacía, pero ciertos procesos biológicos se producen en el organismo humano independientemente del estado emocional: me estaba entrando hambre. Me vestí, salí y dejé a los viejos tomando el café juntos en la cocina, mientras les lanzaba, ya con la puerta abierta, un ahogado «buenos días».

No creo que se pueda encontrar en el mundo un rincón más polvoriento que nuestra pequeña ciudad. El polvo está por todas partes: en las terrazas de los bloques, sobre las tejas de las casas de una planta, en la calle, en las aceras, sobre las flores y bordillos del único parque del centro, donde parece azúcar espolvoreado sobre una tarta de imitación en un escaparate.

El polvo te salpica el pelo apenas sales de casa, penetra en las orejas, en los agujeros de la nariz, sedimenta en los pulmones y te sigue adondequiera que vayas, al club, al restaurante, incluso a la cama. Han pasado diez años desde que en la ribera del río llena de casitas y chabolas de gitanos, a las afueras de la pequeña ciudad, se erigió una fábrica de cemento –del tipo de las del siglo pasado, dicen los entendidos– que más que cemento produce polvo. Los ancianos afirman que desde aquel momento comenzó la lenta agonía de la pequeña ciudad.

«Ahora me encontraría al otro lado del mar», pensé con un escalofrío en cuanto puse los pies sobre la acera. El aspecto de la pequeña ciudad en aquella grisácea mañana de marzo me resultó terriblemente avejentado, tanto que sentí deseos de gemir. «Desgraciado», me dije, «¿qué es lo que te pasa?». Fui derecho al club. Para matar el hambre tendría que haber pasado primero por el puesto de kebab La Ribera, pero en los últimos tiempos se rumoreaba que su dueño, Arsen Mjalti, exjefe de brigada en la fábrica de cemento, utilizaba ingredientes sospechosos en la elaboración del qofte. La gama de sospechas, que iban desde el rumor de que utilizaba carne de vaca muerta hasta el de que usaba carne de perro, la validaban las diarreas de los clientes de la pequeña ciudad, los cuales, ante la falta de pruebas para propinar el merecido escarmiento a Arsen Mjalti, boicotearon su local, en el que solo pisaban algunos buenos amigos del propietario y clientes de paso por la pequeña ciudad. Puede que todo aquello no fuera más que una patraña urdida por envidiosos y por quienes deseaban su mal, pues se decía que al exjefe de brigada le iba de maravilla y que, de seguir así, haría tanto dinero que en pocos años podría llegar incluso a comprar el famoso hotel Dajti.

El club estaba vacío. En la barra, por suerte, detrás de la cafetera exprés, mis ojos se posaron sobre una hilera de botellas de coñac Skanderbeg, que llevaba sin catar desde hacía tiempo. Sin necesidad de abrir la boca, la camarera adivinó lo que quería. Me puso delante, primero, un doble de coñac y después me hizo un café. Con la taza en una mano y la copa en la otra me situé cerca de la cristalera. En aquel lugar, de mesas altas y reducidas, había que beber de pie. Sin dilación, cogí la copa de

coñac y la vacié en un suspiro. Me sentía desfallecer, preso del deseo de deshacerme en llanto, sin la fuerza suficiente, salvo la del coñac, para evitar la vergüenza de montar una escena grotesca ante los propios ojos de la camarera. Solo me sentí aliviado cuando vacié el tercer doble de coñac. Mi espíritu y la bestia que me desgarraba el pecho y las entrañas se tranquilizaron al cuarto doble, que comencé a beber despacio, a pequeños sorbos, acompañado del café, que aún seguía intacto. Había muy poca gente en la calle, no sé si porque aquella mañana destemplada desanimaba a salir de casa o porque, al ser domingo, la gente continuaba durmiendo o echada simplemente en la cama con los ojos clavados en el techo, convencida de que afuera no le esperaba nada mejor. Aquel día la pequeña ciudad parecía sumida en el letargo de la muerte. Me apetecía llegarme hasta el parque y ponerme a gritar: «¡Honrados compatriotas, despertad! Se fueron todos, os han dejado tirados...».

No me moví. Continué empinando el codo y bebiendo a pequeños sorbos el coñac hasta vaciar la copa, y pedí el quinto doble. Entonces sentí bajo la piel una suavidad de terciopelo. Quien no la haya sentido no podrá entender de qué se trata. El mundo se equilibra, los razonamientos se clarifican. En el alma triunfa la justicia o, más exactamente, el sentimiento de justicia y te encuentras en una situación en la que juzgas con claridad, sin complejos o, mejor dicho, sin miedo. Fue precisamente entonces cuando se me ocurrió acercarme al cementerio. Nunca había estado allí, pero en aquel momento la visita a ese lugar me pareció la cosa más normal del mundo. Me estremeció pensar que jamás en la vida había pisado el cementerio, un acto ahora indispensable para mí y que tenía que haber realizado tiempo atrás. Mientras bebía la quinta copa, ignoraba que me iba a tropezar con el hombre al que en la pequeña ciudad llaman Xhoda el Loco. De haberlo sabido, no me hubiera acercado por allí.

Él salía del cementerio, que rodea un agujereado muro de ladrillo rojo de la altura de un hombre, por la entrada de la puerta sin hojas. Por esa razón no le vi, de lo contrario le hubiera evitado. Surgió ante mí de repente, como se presenta en sueños un aparecido. Iba sin afeitar y con el pelo enmarañado por el viento. El capote militar, desabrochado, dejaba entrever

su velludo pecho y, por un instante, me paralizó su mirada. Llevaba en la mano una larga barra de hierro. Se detuvo ante mí como si algo le rondara por la cabeza y me examinó con una mirada llena de odio. Mientras observaba sus ojos inyectados en sangre, recordé el dicho de que hasta el loco deja pasar al borracho. Ahora bien, quizás yo no estuviera tan borracho ni él estuviera tan loco: comprendí que únicamente podría entrar en el cementerio pasándole por encima.

Una vez superado el momento de parálisis, temí que me golpeará. Pero si me golpeaba, encogería la cabeza metiéndola entre los hombros y alzaría las manos intentando defenderme, como había hecho tiempo atrás cuantas veces a él, siendo director de la escuela, le entraban los ataques de cólera y para descargarlos buscaba siempre una víctima entre los alumnos. Yo era su víctima propiciatoria. Pero en esta ocasión ni me dio un bofetón ni me golpeó con la barra. No me llamó siquiera canalla, bribón ni sinvergüenza. Me mantuvo clavado con la mirada de sus ojos inyectados en sangre y yo, sin enfrentarme a esa mirada, me largué por donde había venido.